

La revitalización de la iglesia

«La noche está avanzada y se acerca el día.
Desechemos, pues, las obras de las tinieblas
y vistámonos las armas de luz».

Romanos 13:12

Elena G. de White declara: «Por medio de las relaciones sociales el cristianismo se revela al mundo. [...] La influencia social, santificada por el Espíritu de Cristo, debe servir para llevar almas al Salvador» (*El ministerio de curación*, cap. 14, p. 285).

En una ocasión, mientras repasaba la lección de Escuela Sabática en mi iglesia, dediqué unos minutos a preguntar por los miembros ausentes. Descubrí que uno de ellos, el más anciano, no asistía porque sus zapatos ya no le servían. Esa experiencia me reafirmó la importancia de que cada clase dedique tiempo a la confraternización cada sábado.

Una iglesia en proceso de revitalización viste la armadura de Cristo, y sus miembros llevan las cargas los unos de los otros, cumpliendo así la ley de Cristo. En lugar de criticar y condenar, cada creyente debería decir: «Tengo que ocuparme en mi propia salvación. Si coopero con el que quiere salvar mi alma, debo vigilarme a mí mismo con diligencia. Debo eliminar de mi vida todo mal. Necesito vencer todo defecto. Tengo que ser una nueva criatura en Cristo. Entonces, en vez de debilitar a los que luchan contra el mal, podré fortalecerlos con palabras de aliento» (*ibid.*, cap. 41, p. 354).

La revitalización de una iglesia conduce a que sus miembros se fortalezcan mutuamente en vez de criticarse. Con frecuen-

cia olvidamos que nuestros compañeros necesitan ánimo y apoyo. No dejemos de manifestarles nuestro interés y simpatía. Acompañémoslos con nuestras oraciones y hagámosles saber que nos preocupamos por ellos.

La pluma inspirada también señala: «Un cristiano cabal funda sus motivos de acción en el amor profundo que tiene por el Maestro. De las raíces de su amor a Cristo brota un interés abnegado por sus hermanos. El amor comunica al que lo posee gracia, decoro y gentileza en el modo de portarse. Ilumina el rostro y modula la voz; refina y eleva al ser entero» (*ibid.*, p. 352).

De los apóstoles Pablo y Pedro recibimos los siguientes consejos:

- «*Amense los unos a los otros con amor fraternal, respetándose y honrándose mutuamente*» (Rom. 12:10, NVI).
- «*No devuelvan mal por mal ni insulto por insulto; más bien, bendigan, porque para esto fueron llamados, para heredar una bendición*» (1 Ped. 3:9, NVI).

El Señor Jesús nos invita a reconocer los derechos de cada ser humano, tanto en el ámbito social como en el cristiano. A todos debemos tratar con cortesía y delicadeza, como hijos e hijas de Dios.

Pr. David A. Rodríguez González,
director de Escuela Sabática,
Asociación Oriental de El Salvador.